

## EL DESORDEN DE LOS NÚMEROS CARDINALES

«Ayer falleció nuestro excompañero de curso M. Almol. El sepelio tendrá lugar hoy a las 13:00 horas en el ttanatorio del Paseo Marítimo. Seguro que se sentiría muy feliz si pudieses acudir a rendirle este último adiós».

Enviado a ti y a 237 usuarios más.

Lo primero que pensó fue que se trataba de un error. Que en su vida no había existido un M. Almol que compartiera las dulces horas de la infancia tan ajena a las enfermedades y a la muerte. Pero no debió escudriñar demasiado entre las brumas del recuerdo para encontrar a un niño grueso, con gafas y abrigo azul, pantalón corto, pálido, acaso triste, sentado en uno de los poyos del colegio, barajando entre las manos un paquete de cromos de Galaxy 3. Una imagen que se le apareció con el nombre subtulado debajo con letras góticas y el número que le habían asignado en el colegio. Y casi al instante se sorprendió a sí mismo repitiendo:

«Ayer falleció nuestro ex compañero de clase número uno».

Que él supiera, transcurridos casi treinta años, Almol era la primera baja. Conocía a más de uno entre los cuarenta y un alumnos que seguía trasteando con la vida, pero aun así no pudo evitar un pensamiento corrosivo que se le instaló en el pecho como una araña: «al uno le sigue el dos». Un pensamiento aún más aterrador porque llegaba en uno de esos momentos terribles de incertidumbre en el que los médicos inyectan en el día a día palabras hasta entonces lejanas o desconocidas como TAC o angiografía.

Él, Boti, era el dos. Había sido el dos siempre. Los ocho cursos. Como Almol había sido el uno. Pero eso carecía de importancia. El rigor de las secuencias cardinales que los maestros les habían inculcado a fuego lento se rompía de golpe ante el poder superior e incontrolable de la muerte. Las matemáticas también fallaban. Se lo repitió varias veces, apretándose el estómago, recordando la molestia o el dolor que lo había transportado como en una de esas cintas métricas de los aeropuertos hasta los hospitales. Precisamente ese «hoy» aludido en la misiva telefónica, ese «hoy» del sepelio de Almol, a las 13:00 horas, debía acudir al doctor Noguer para recoger el resultado de las pruebas.

No iba a poder *rendir el último adiós* a su predecesor en las listas, aunque iba a pasar muy cerca, sin duda, porque el hospital se encontraba también en el Paseo Marítimo y no había muchos modos de esquivar el *ttanatorio* dado que el autobús paraba en la misma

puerta. Así que pensó que quizá encontraría a algún compañero y, a lo mejor, evitaría el penoso trámite comunicándole a él las condolencias para que las transmitiera a la familia como una pequeña, a la vez que absurda, contribución para paliar un dolor contra el que no existían remedios.

Pero lo que sucedió fue que el autobús se retrasó y cuando después de un suplicio de apreturas y empujones abrió las puertas y escupió a Boti en el Paseo Marítimo faltaban seis minutos para la hora señalada y la comitiva de casi 237 usuarios más, aguardaba en la puerta, con la tragedia marcada en los sombríos rostros, porque Petro —comprendió entonces que se trataba del desconocido que había movilizó al grupo—, número veintinueve, delegado de clase en la reserva, había decidido que, para evitar el alboroto, la entrada a la misa se efectuara en comandita.

Él fue el primero en detectar con su ojo camaleónico que se apeaba del autobús, y apenas había tocado la suela el asfalto, alzó el brazo para sobresalir por encima de la multitud de cabezas y exclamar:

—¡Bo!

Fue un susurro. Un grito. Un susurro gritado. Algo así. Al propio Boti le resultaba difícil describir como consiguió el efecto, Petro poseía la virtud de naturalizar los actos imposibles. En un visto y no visto se encontraba frente a él, con sus manos gorduelas y calientes asidas a las suyas, la cabeza ladeada, los labios apretados, la vista al cielo, diciendo:

»Se va alegrar mucho de verte.

Por supuesto era una manera de hablar, y no pudo replicarle que no había acudido al sepelio sino que se encontraba allí porque el *tanatorio*, con dos «tes», se había cruzado en el camino de su posible enfermedad.

»¿Sabes que uno de sus últimos recuerdos fue un momento que pasasteis juntos?

Boti negó con la cabeza y Petro prosiguió:

»Te apreciaba tanto...

Después le cogió del antebrazo y tiró de él en dirección al grupo mientras ordenaba con otro de aquellos susurros gritados:

»Vayamos pasando.

Los casi 237 usuarios más obedecieron como si en vez de 237 individualidades fueran un solo cuerpo. Tras ellos, Petro, aferrado al antebrazo de Boti quien, sin apenas fuerza para replicar, pensaba en el doctor Noguera, en que la enfermera estaría citándolo, en el resultado de las pruebas. En que tardarían tres meses o más en llamarlo.

»Bueno, Bo, ¿y tú cómo andas?

Se trataba, sin duda, de una pregunta de trámite, porque sin dejar tiempo a que respondiera, añadió:

»¿Sabes que Almol había intentado localizarte por todos los medios? Cundo conoció su enfermedad quiso hablar contigo.

—¿Conmigo?

Esta vez, Petro susurró de verdad.

—Creía que solo tú podías ayudarlo.

—Pero ¿cómo, cómo iba a ayudarlo yo? Llevaba casi treinta años sin verlo. No tenía noticias de él... Ni siquiera sabía que estaba enfermo.

—Schhhh. —Se paró y girándose hacia el grupo, que se había detenido en el mismo momento que él, ordenó—: Seguid.

Mientras la gente entraba en la pequeña capilla, Petro lo llevó hacia uno de los maceteros del pequeño patio interior que la precedía. Allí, cobijado de las miradas ajenas de los 237 usuarios más, prosiguió:

»Lo importante es poder contarlo. Tú siempre dabas mucha importancia a eso, ¿recuerdas? Abogabas a ultranza por la veracidad de las ficciones. Nos diste una maravillosa charla acerca de las dos acepciones del verbo contar. Contar números y contar historias.

—Pues no. No me acuerdo. Pero ¿qué tiene que ver eso hoy?

—Él siguió confiando en tu magia.

—¿En mi magia? ¿Qué magia?

—Venga, Bo, la magia que siempre atesoraste.

Boti no supo muy bien si reír o protestar. Así que hizo una mezcla.

—Éramos niños, decíamos la primera idiotez que nos llegaba a la cabeza y...

—No eran idioteces.

—Sí eran idioteces.

—Almol siempre pensó que poseías el poder de cambiar la realidad. —Sonrió—. En verdad que hubo un tiempo en que todos lo pensábamos.

—Pero cómo que todos lo... por favor, ¿estás tomándome el pelo? No puedo creer que haya venido y... bueno en verdad ni siquiera había venido... ¡oh! cómo, cómo que lo pensabais. Teníamos diez, doce años.

—Nos diste bastantes muestras. ¿Recuerdas los exámenes de gramática? ¿La noche del castigo? ¿El hermano de Lasún? ¿Al nuevo director? Era un milagro tras otro. Como el día en que te pedimos que no viniera el Iguana.

—Fue una casualidad.

—Hubo muchas casualidades.

—Todas fueron un engaño. Simplemente preparaba con anticipación las cosas y después las contaba como si fueran... No puedo creer que después de tanto tiempo penséis esas estupideces.

—No. Está claro. Está claro. Pero sabes que, a veces, la fe mueve montañas. Y él, cuando ya se encontraba muy malito, se aferró al recuerdo como tabla de salvación. «Me gustaría encontrar a Boti», dijo, «¿Cómo se las ingeniaría ante un problema como este?» Empecé a buscarte porque al menos quería darle la alegría, esa confianza, esa moral que necesitaba para afrontar la enfermedad. Quizá con solo una visita... removí los hilos pero fíjate: no llegamos a tiempo.

—Bueno, pues la verdad es que lo lamento aunque nada habría cambiado. Esto no es adivinar las preguntas de un examen que has leído unas horas antes porque tu mejor amigo es el hijo de profesor de matemáticas.

—Quizá sí hubiera cambiado.

—Pero por favor, ¿lo estás diciendo en serio?

—Claro que lo estoy diciendo en serio. ¿Crees que se puede bromear en un sitio como este? Lo que pasa es que seguirte los pasos resultó una tarea bastante compleja. Hasta que apareció Targa —Permaneció un rato callado—. En fin, qué más quieres que te cuente.

No quería que le contara nada más. Ya le había contado bastante. Pero lo repitió: «Qué más quieres que te cuente». Boti se sintió intranquilo con esa visión de superpoderes con la que pensó lo mirarían los 237 usuarios más. Tras un silencio, Petro añadió:

»Luego igual viene

—Quién.

—Targa. Tenía consulta con su mujer aquí al lado, en el Hospital del Marítimo. Sabes que está esperando el sexto niño, ¿no?

No lo sabía. El sexto niño. Había perdido la cuenta en el tercero. Pero no le importaba la fecundidad de Targa sino el lugar en el que se encontraba en aquel preciso momento.

—¿Y está ahora allí, en el Hospital?

—Sí. Luego lo verás y podrás darle la enhorabuena. ¡Ay!, unos que vienen y otros que se van. El continuo fluir de la vida... La liviandad de la existencia... Vamos para adentro. Parece que el óbito comienza ya.

Petro dominaba los tempos con una seguridad pasmosa. «El continuo fluir de la vida... La liviandad de la existencia. Vamos para adentro...», como si supiera en cada momento lo que hacer.

—Yo voy enseguida.

—No tardes porque está muy feo entrar a mitad. Eso es lo que he querido evitar desde el primer momento.

—Solo, solo es una llamada. Urgente.

No se marchó demasiado convencido, pero se marchó, que era lo importante, y entonces Boti pudo buscar el número de Targa. Marcarlo. Su voz de barítono saludable, de procreador consumado, apareció al segundo tono. Boti se saltó el protocolo de felicitaciones y le dijo.

—Necesito que me hagas un favor.

—Estoy en...

—Ya sé dónde estás. Por eso te voy a pedir que acudas a la planta sexta, a digestivo, busques la consulta del doctor Noguer y le digas que te entregue el resultado de unas pruebas que me hicieron la semana pasada. ¿Podrás?

—Sí, pero no me las darán sin tu autorización.

—Pues entonces hazte pasar por mí.

Debió repetírselo varias veces. Desde el fondo de la capilla, Petro gesticulaba de manera ostensible para indicarle que entrara. El párroco, los familiares, los casi 237 usuarios más y hasta el mismo Almol, parecían reclamar la presencia de Boti.

—Te tengo que colgar, si me cambian la cita, tardarán meses en llamarme de nuevo y no pienso esperar tanto tiempo, lo entiendes, ¿no?

Desde la distancia, Petro insistió. Las palmas de las manos extendidas, la cabeza que se movía como si sufriera espasmos. Varios «vamos», dibujados en los labios.

Tras la ceremonia iniciaron el cortejo fúnebre hasta el cementerio. Allí, Petro sacó un papel y pronunció unas palabras en nombre de todos los compañeros.

—Deberíamos vernos más a menudo —dijo después de los pésames, cuando ya el grupo había comenzado a disolverse. Propuso organizar una cena. Y a todos les pareció una idea magnífica—. Yo me encargo de buscar el sitio y de llamar a la gente. Y tú, Bo, si quieres que nos veamos antes y charlemos con calma delante de un café...

Boti pensó que se trataría de uno de esos cafés que siempre se dicen y nunca se toman pero esa misma tarde el número desconocido del delegado le envió un mensaje al móvil con la misiva: «Ha sido un placer volver a verte. Recuerda lo del cafecito». Un placer que no podía considerar recíproco porque en ese instante se encontraba frente a un demudado Targa, recibiendo la peor noticia que pudiera imaginar.

—Quizá si acudes a otro especialista... Se equivocan muchas veces, si te repites las pruebas...

—Quiero que me cuentes exactamente lo que te dijo. Sin misericordia.

—...

—Estoy preparado para escuchar lo que sea. La verdad descarnada, sin emplastos.

A Targa se le apagó la voz de barítono para decir:

—Dijo que, que estaba muy extendido.

—Muy extendido...

—Pero ya te he dicho que podemos buscar otro...

—¿Te habló de tiempo?

—De tiempo.

—Quiero saber cuánto me queda. Si son dos años, un año.... Necesito dejar organizada mi vida. ¿Qué dijo?

—...

—¡Vamos!

—Tres... tres meses, pero...

No se despidió de él. Salió corriendo, sin decir adiós ni gracias. Las matemáticas recuperaban el lugar que les correspondía. Después del uno llegaba el dos. Así había sido desde los tiempos inmemoriales en que los egipcios empezaran a usar el sistema decimal. No cabía réplica. El mundo cambia pero el orden permanece inalterable.

Quizá por eso al día siguiente el mensaje generalista de Almol y el café, dio paso a un segundo mensaje, esta vez con una cita concreta en la que aparecía lugar y hora. Cita a la que Boti acudió convencido de la existencia de fuerzas que no se pueden soslayar, como si aquel alumno, delegado en la reserva, que había decidido ponerse en activo después de muchos años de ausencia, fuera la obligada antesala de la muerte porque los de aquel curso no podían abandonar la vida por su propio pie sin que él organizara el viaje. Así que cuando Boti le contó que le habían diagnosticado una enfermedad incurable y que el vaticinio del doctor era que apenas le quedaban noventa días, ochenta y nueve porque ya había pasado uno, le dio la impresión de que ya lo sabía. De que atesoraba una omnisciencia del mismo calibre a la omnipotencia que, resultaba obvio que ilusoriamente, le había atribuido Almol antes de morir.

A partir de entonces los días se sucedieron con la misma incongruencia de los susurros gritados, lentos en el momento, rápidos en el recuerdo. No podía afirmar que su estado de salud empeorara. Más bien al contrario. La tranquilidad de la certeza, de lo obvio e inevitable, había relegado los dolores al olvido. Cada minuto se convirtió en importante. Pese a que no supiera muy bien qué hacer con él. Petro lo orientaba. Y aceptó todas sus recomendaciones

salvo la de visitar a otro médico. No habría más citas. Por nada del mundo volvería a respirar el pútrido olor del hospital, ese veneno que inoculaba el germen maligno de la muerte. Pasaron dos semanas. Tres.

Seis. Ocho.

Fue al final del tercer mes, cuando recibió la llamada de Targa. En realidad no se trataba de Targa, sino de su esposa. La mujer que guardaba en su seno al sexto retoño, otro Targuita, el sexto que seguía al quinto, y este a su vez al cuarto en esa secuencia inexorable. La esposa de Targa dijo que su marido había muerto.

—¿Muerto?

Apenas sin aliento le contó que le habían diagnosticado una enfermedad estomacal tan repentina como incurable, que el doctor le había dado tres meses de vida, que no se habían llegado a cumplir enteros, que...

»Qué doctor.

—El doctor Noguer.

—Pero... pero eran mis pruebas, lo habían diagnosticado con mis pruebas. Él lo único... lo único que hizo fue suplantarme en la consulta, suplantarme en ese instante, solo en ese instante y...

Por supuesto, la esposa de Targa no entendió nada de lo que le estaba contando. Solo dijo que el sepelio sería la mañana siguiente a las 13:00 horas en el tanatorio del Paseo Marítimo y cuando él se lo comunicó a Petro que aguardaba con avidez a que colgara, este le habló de la última esperanza de Almol, de la capacidad del desalmado inconsciente de Boti para cambiar los sucesos del mundo, del poder de las ficciones, superior al de las matemáticas, de la importancia de contar historias en vez de números. De todas aquellas zarandajas con las que Boti se entretenía en un pasado tan lejano que ni siquiera formaba parte del recuerdo, como si en vez de haber existido lo hubiera estado inventando todos esos años.

Y con un solo dedo, la lengua fuera, Petro escribió el mensaje que aparecería poco después en la pantalla de los móviles.

«Ayer falleció nuestro excompañero de curso J. Targa. El sepelio tendrá lugar hoy a las 13:00 horas en el tanatorio del Paseo Marítimo. Seguro que se sentiría muy feliz si pudieras acudir a rendirle este último adiós».

Enviado a ti y a 236 usuarios más.

